

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

**INICIACIÓN  
A LA HISTORIA  
DE LA IGLESIA**

I

Edad Antigua y Edad Media

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2008

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2008  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
[ediciones@sigueme.es](mailto:ediciones@sigueme.es)  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-1696-6 (obra completa)  
ISBN: 978-84-301-1697-3 (volumen I)  
Depósito legal: S. 1645-2008  
Impreso en España / Unión Europea  
Fotocomposición: Rico Adrados S.L., Burgos  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

# CONTENIDO

<i>Introducción</i> .....	9
---------------------------	---

1. La Iglesia en la historia de la salvación .....	13
2. En la plenitud de los tiempos .....	23

## EDAD ANTIGUA

3. La Iglesia madre de Jerusalén .....	45
4. Los comienzos de la gran Iglesia .....	67
5. De la persecución a la libertad y al privilegio .....	93
6. Proceso a la ortodoxia .....	127
7. Los primeros monjes cristianos .....	149
8. La Iglesia, pedagoga de Occidente .....	163

## EDAD MEDIA

9. Medioevo y cristiandad europea .....	183
10. Imperio y Pontificado .....	197
11. Oriente se separa de Roma .....	237
12. El islam y la cruzada .....	259
13. Evangelización en Europa. La epopeya de los monjes occidentales .....	279
14. Movimientos heréticos y revolucionarios .....	309
15. El pensamiento cristiano medieval .....	333
16. Aspectos de la vida cristiana .....	351

<i>Bibliografía</i> .....	371
<i>Índice onomástico</i> .....	383
<i>Índice general</i> .....	393

## INTRODUCCIÓN

En la nueva encrucijada de la historia que nos trae el comienzo del tercer milenio de permanencia de la Iglesia en el mundo, con la ilusión y la esperanza a que nos invitaba el papa Juan Pablo II en su encíclica *Tertio millennio adveniente* (1994), es grato y a la vez interesante asomarse al pasado de esta Iglesia, para seguir aprendiendo de ella y encontrar motivos que nos alumbren y nos den fuerza para el porvenir.

Se trata de una larga y fecunda historia, con sus duelos y quebrantos, satisfacciones y alegrías. La Iglesia de los hombres que «esperan la venida del Señor» y que, a su manera, se han mantenido fieles al mensaje que recibieron con la fe. Por eso acertaron unas veces y otras se desviaron un tanto del camino, como el mismo concilio Vaticano II ha reconocido:

Aunque la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que incluso hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio... De igual manera, comprende la Iglesia cuánto le queda aún por madurar, por su experiencia de siglos, en la relación que debe mantener con el mundo (*Gaudium et spes*, 43).

Relación entre mundo e Iglesia: he aquí la clave para entender la labor que ésta ha venido desarrollando en tan largo periodo de la historia. Los juicios no le han sido siempre favorables, pues no le han faltado intrigas humanas, abusos de poder ni intransigencias, por los que en ocasiones ha merecido el rechazo de una sociedad

que, sobre todo desde los tiempos «nuevos» de la época moderna, se abre paso hacia sendas de libertad, respeto y comprensión. Es una de las lecciones que nos brinda esta dilatada historia, que va pareja a la existencia de la misma Iglesia.

La Iglesia –viene a decirse en el mismo Concilio– reconoce los muchos beneficios que ha recibido de la evolución histórica del género humano. La experiencia del pasado, el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas permiten conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos para la verdad y aprovechan también a la Iglesia... La Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía de provecho la oposición y aun la persecución de sus contrarios (*Gaudium et spes*, 44).

Ella debe seguir siendo fiel a su misión. «Hoy –como escribía Juan XXIII– y diríamos que como ayer, en el terrible deber de llevar un acento humano y cristiano a la civilización moderna..., que la misma civilización pide y casi invoca» (*Mater et magistra*: AAS 53 [1961] 460). Aun a costa de sacrificios y renunciaciones. Le ocurrió en sus primeros tiempos, cuando las persecuciones, y también en la Edad Media. Al empezar la Edad Moderna todavía se hablaba por Europa un lenguaje religioso y los hombres combatían, aunque desgraciadamente, en guerras que llamaban de «religión». Como consecuencia del Iluminismo, de la Ilustración y de la Revolución francesa, se fue creando un modelo distinto de sociedad, laicista, liberal y naturalista, ya en mucho alejada de la Iglesia y en ocasiones opuesta rotundamente a ella. Venció la razón y aumentó la incredulidad. Vino después el mundo de la técnica, de la máquina y el átomo, y el hombre pretendió convertirse en dueño y señor de su propio destino, desvinculándose de la idea de un Dios inmanente y eterno. El cristianismo se convirtió, para algunos, en uno de esos movimientos pasajeros que han sacudido a la sociedad. Mejor sería prescindir de su historia o, en todo caso, dejarla arrinconada por inservible o pernicioso.

La historia de la Iglesia, que nos lleva hasta sus orígenes y se asoma al modo de ser y de existir que han llevado los cristianos, sigue interesando –cada día más– a quienes pretenden conocerla mejor o, por el contrario, a quienes buscan en ella argumentos para criticarla. Pero sobre todo, importa a los que seguimos llamán-

donos cristianos, por aquello de que «no conoceremos bien su presente, si antes no conocemos su pasado».

Este conocimiento no debe reducirse a la sola relación de los hechos que sucedieron, ni al mero recuento de fechas y personajes, por muy importantes que sean. Es la historia del pueblo de Dios y, por tanto, también de los laicos (*laico*, en griego, significa del pueblo), que tan importante papel han desempeñado al lado de los papas, obispos, sacerdotes y religiosos, presentados no pocas veces como los únicos protagonistas de esta historia. De aquí la atención que debe prestarse al contexto político e ideológico en que se desarrolla la historia de la Iglesia.

De ella se ha dicho que es continuación de la historia sagrada, de la que formamos parte cada uno de nosotros y de la que también nos hemos de responsabilizar, por aquello de que si «sentimos la Iglesia» (*sentire ecclesiam*), obligación tenemos de «sentir con ella» (*sentire cum ecclesia*), aun en aquellos momentos en que menos nos guste. Sabemos que si la Iglesia es el cuerpo de Cristo, es a su vez humana: que está constituida por hombres que conservan su propia personalidad, y es dirigida por quienes actúan con sus cualidades y defectos humanos. Nada tiene de extraño, pues, descubrir que en la acción de su jerarquía o en la vida de sus miembros haya lugar para las deficiencias y hasta para el pecado. Olvidarlo sería como caer en una nueva forma de la herejía «monofisita», que únicamente aceptaba de Cristo su divinidad y nunca su humanidad. Desde hace años se viene hablando de «faltas históricas», que no implican necesariamente una culpabilidad personal, sino que obedecen a mentalidades y tiempos determinados, y que en ocasiones llegaron a tener consecuencias más graves y trágicas que los mismos pecados individuales.

Pero tampoco hemos de dejarnos llevar por el pesimismo de los que creen que nada o muy poco ha existido de bueno en esta larga historia de la Iglesia. Bástenos decir que Dios es el que rige la historia y que de la Iglesia se ha servido y se sigue sirviendo hoy para llevar a los hombres la buena noticia de la salvación. Por eso mismo, nada debe ocultarse en esta historia que pueda de algún modo mancillarla: ni atribuirle cosas que nunca hizo, ni disminuir, con falsa modestia, lo que pueda magnificarla. Ya lo decía Cicerón: «Sin atreverse a decir lo falso ni a dejar de decir lo verdadero». Si

la historia es «maestra de la vida», como les gustaba decir a los antiguos, ha de fundamentarse en la verdad y en el equilibrio; de lo contrario, no sería verdadera historia.

Algo de eso he pretendido realizar en la presente obra: ofrecer un relato que resulte legible —en fase ideológica y a manera de síntesis— y dé a conocer lo que ha significado y sigue significando la Iglesia para el hombre y el mundo de nuestro tiempo. Se trata de una larga historia de siglos, que se repite todos los días. A mediados del siglo II pintaba Hermas a la Iglesia como «una anciana, pero joven, hermosa y alegre, cuyo talle irradia belleza y sólo los cabellos los tiene encanecidos» (*El Pastor de Hermas*, I, 2; II, 4; III, 11.12). Es la Iglesia de antes y de ahora, como su fundador Jesucristo, principio y final de todos los tiempos.